VIII.

QUINCE AÑOS.

Ya era bastante tarde, y hacia mas de tres horas que Mac-Farlane y Fergus estaban juntos. Este habia perdido los entusiastas impulsos que ecsaltaban su valor siempre que su imaginacion, salvando los años de tenebrosos trabajos y de ínfimos preliminares que le separaban del fin, llegaba con el pensamiento a la época de la lucha real y veia potencia contra potencia; él por una parte, y la Inglaterra por otra. Habíase apoderado de él aquel disgusto amargo y profundo, cuyo penetrante ataque tocaba solo su voluntad sin poderla dominar, cuando consideraba los vergonzosos medios que tenia que emplear.

Y entonces la amargura de su disgusto era mucho mas cruel, pues veía de cerca a Angus, a su amigo, a su hermano, lanzado de pronto fuera de la vía comun, y en medio de una vida de peligros y de crímenes.

Pero Fergus no se hacia ilusion, y daba a las cosas su verdadero nombre, sin buscar en los efugios de la con-

ciencia un simulacro de la absolucion. Era franco consigo mismo, y preferia gustoso un refugio en su orgullo mas bien que hipócritas consideraciones.

Su orgullo le ofrecia el fin por escusa, el fin y la fuerza desproporcionada del enemigo con quien debia combatir:

¿Pero para qué hacer llevar a Angus una parte del fardo fatal?

Así pensaba O'Breane; pero está en la naturaleza del hombre que domina imperiosamente una idea, el avasallar despóticamente al neófito que convirtió a su religion. Por otra parte, Angus tenia tambien su voluntad, que no por ser sugerida, dejaba de conservar su fuerza; y habiéndose pronunciado, su soberbia de escoces hubiera preferido mil veces la muerte a la vergüenza de una retractacion.

Así, ni el uno ni el otro podian volverse atras.

Si bien Fergus veia apagado su entusiasmo, acostumbrado en aquellos cinco años de trabajos solitarios a tantos otras fluctuaciones, no por eso habia perdido un ápice de su obstinada persistencia. Su voluntad dominaba en él siempre, inalterable y fuerte, ora le llevase el ardor de sus concepciones mas allá de los límites de la realidad presente, ora cayese abrumado, pero no vencido, de lo alto de sus esperanzas.

Hizo, pues, un esfuerzo sobre sí mismo, y continuó desarrollando delante de Mac-Farlane lo que era indispensable supiese de su plan de accion, y convinieron en que los mismos súbditos de Fergus ignorarian el grado de confianza dispensada a Mac-Farlane.

Sobre las doce se retiró Angus al interior de su quinta, dejando a O'Breane en la sala, donde se le habia preparado una cama.

Mac-Farlane tenia el corazon oprimido, y en cuanto se viò léjos de Fergus, su cabeza débil y dominada ya por esas sombrías locuras que los escoceses llaman la "segunda vista" y que pasan por avisos profèticos, se llenó de repente de fúnebres visiones. El imperio que la presencia de Fergus ejerció sobre él, sufrió una especie de reaccion misteriosa; vió un porvenir triste, y dominando a O'Breane como nn génio nefando, aquel horizonte de desgracias.

Su vida triste hasta entonces se habia absorbido en un pensamiento de venganza; mas la venganza es una cosa santa para el campesino escoces, y toda cosa santa, ya sea realidad ó error, lleva consigo valor y apoyo. Pero ahora se le lanzaba de pronto en un declive nuevo, desconocido, y mostràndole en el camino que tenia que tomar, la mentira, el crímen, el oprobio, y le decian "continúa."

Y la boca que pronunciaba esta palabra fatal tenia acentos para los cuales no habia resistencia posible. Era una boca amada a la par que soberana, de donde salian palabras que tenian el encanto de la súplica y el poder del mando.

Pero en cuanto Angus se vió fuera del radio donde essistia este prestigio, se reveló è irritó. Todas aquellas vastas combinaciones cuyas infinitas circunstancias habian aparecido iluminadas por la persuasiva elocuencia de O'Breane, se oscurecieron de nuevo y mas completamente. No vió mas que tinieblas, y su carácter supersticioso se espantó y horrorizó.

No pensaba, sin embargo, volverse atras. Semejante a aquellos niños cuyo ardor obstinado se debate contra la evidencia y la razon, sostenido por el orgullo, se contendar taba con curso a su vana cólera y se hubiese indignado contra el que hubiera propuesto romper el pacto hecho contra el mismo Fergus.

Angus era uno de esos hombres débiles que el vulgo mira como fuertes. Su energía indisciplinada no tenia fundamento; su voluntad vacilaba, su valor se parecia al del jabalí atacado en su cubil. Pero su estado ordinario, que era una especie de fiebre sorda y sombría, tenia todas las apariencias de ese fuego misterioso que consume a ciertas almas demasiado aprisionadas en el cuerpo que las contiene.

Era un corazon leal y generoso, y en el fondo de su naturaleza habia una alegría rústica que la desgracia comprimia con su enorme peso, con una vaga aficcion a lo lúgubre y a lo grande, mal endémico de los campesinos de Escocia que no conocen los obesos arrendadores de Inglaterra, mal estraño que produce igualmente en el órden intelectual las patéticas estrofas del sepulcral Young, los desvaríos casi sublimes de Ossian, y las brillantes páginas donde describe sir Walter Scott sus inimitables fantasmagorías, y que engendra en el órden moral epilépticos entusiastas, locos y brujas de lugar.

¿Por qué habia elegido Fergus a este hombre, entre todos, para confidente único y privilegiado?

La simpatía.... dispénsenos el lector, no le demos otra razon mejor. Inútilmente hemos ecsaminado, para responder a esta pregunta, del todo metafísica, a Loke y a Bacon, Stewart, Hume y Berkeley, Kant y Leibnitz; abierto con precaucion los in octavos eclècticos de Mi Cousin. Ni Loke, ni Bacon, ni Stewart, ni Hume, ni Leibnitz, ni Kant, han escrito una sola línea sobre este asunto. En cuanto al profesor frances....

Mas nuestra calidad de inglés nos obliga a guardar en este punto una escesiva reserva, y nada mas justo que evitar se nos califique de prevencion nacional, bien que un diario de Paris a quien su avanzada edad, sus padecimientos, sus desgracias y la dolorosa operacion que le acababan de hacer, dan un carácter arisco, muy escusable en su posicion, nos haya dispensado el honor, a lo que dicen, de elevar su trémula voz para anatematizar nuestra obra.

La simpatía, deciamos; pues Fergus queria mucho a Mac-Farlane.

Al salir este del salon, se dirigió hácia su cuarto, pasando ántes, segun su costumbre, por la alcoba donde dormian sus hijas, en donde encontró a Amy Mac-Farlane. Esta se habia dormido apoyada en el borde de la cuna, y el ruido de su respiracion oprimida, cubria el aliento igual y tranquilo de las dos niñas, que dormian abrazadas, confundiendo en el hueco de la almohada los rubios rizos de sus cabellos y su angelical sonrisa.

Angus besó a un mismo tiempo a las dos, y en seguida alargó el brazo para despertar a Amy; pero al mirar reparó en el rostro de la jóven, iluminado por la lámpara colocada a su inmediacion, que Amy estaba abrasada por la fiebre; una mancha ardiente animaba sus descoloridas megillas, y el sudor de sus sienes desrizaba sus bucles. Es imposible ignorar en Escocia el fatal agüero de estos síntomas.

El brazo de Angus se detuvo, y un punzante calosfrío le atravesó el corazon.—Tal vez habia observado muchas veces la cara de su muger durante su sueño, oido su jadeante aliento, visto el amenazador matiz de sus juanetes y el frio sudor de sus sienes; y no cabe duda en que

debió esperimentar un movimiento de temor y de tristeza. Pero aquella noche fué de espanto y de desesperacion.

El infeliz volvió su mirada macilenta hácia las niñas que dormian, y su pecho ecshaló un sordo gemido.

Luego sintió un síntoma estraño que tomó por locura, y que no era mas que un arranque de furioso odio contra Fergus O'Breane.

—¡Yo no podia comprometerme! murmurò; yo no me pertenezco.... Amy me dirá al morir.... porque de fijo la pierdo.... Amy, mi pobre muger, me dirà: yo te las fio, no tienen mas que a tí: tú serás su padre y su madre.... ¿y qué podré yo responderla? ¡Pues nunca se miente a los moribundos!

Al concluir llevó sus dos manos a su frente y dió un paso para lanzarse a la sala, donde habia dejado a Fergus; pero se detuvo.

—Mi hermano me ha manifestado el peligro, repuso, nada me ha ocultado, y si me comprometí con él fué voluntariamente.... Amy no morirá.... Aun tengo tiempo.... un hombre no retira jamas su palabra.

Entre tanto, Fergus, que habia quedado solo en la sala se habia entregado a sus reflecsiones habituales, hasta que rendido por el cansancio del viage le sorprendió el sueño en medio de su meditacion.

Su sueño fué tan profundo, que no cediò al ruido que hizo la puerta esterior, cerrada solo con el picaporte, segun las viejas usanzas escocesas, volviendo sobre sus enormes goznes enmohecidos.

La noche se terminaba ya cuando el hombre que entró yerto de frio, comenzó por beber una vez el resto de la botella de vino de Francia, principiada por Angus, encendiendo despues el fuego apagado y colocàndose al lado de la chimenea.

Al despertar Fergus ya habia amanecido, y por lo tanto pudo ver cerca del fuego a Randal Grahame fumando tranquilo un cigarro llegado de Cuba en línea directa.

—¡Pues qué! ¿os ha negado la hospitalidad Mac-Nab? preguntó Fergus admirado.

—Mac-Nab es un abogado prudente, respondió Grahame; yo le supongo muy capaz de negar todo lo que se ve obligado a conceder. Pero nada ha podido negarme, O'Breane, cuando nada le he pedido.

—Yo creí que os proponiais....

—Sí, sí.... rezar en el cuarto del difunto Grahame; Randal se descubrió; cosa justa que ya he hecho....Pero para eso no tenia necesidad del permiso de Mac-Nab; yo puedo entrar en la casa de mi padre sin hacerlo por la puerta ni por la ventana, O'Breane.... Mi memoria es escelente, y aunque pase diez años en la montaña ántes de comparecer ante el tribunal de Glascow, lo cual hace quince desde que salí de mi casa, he encontrado fácilmente mi camino.

—Tanto mejor, dijo Fergus, pues así puedo esperar encontreis tambien el subterráneo.

—Sin duda alguna, interrumpió Randal; con una pedrada he matado dos pájaros, O'Breane, y en lugar de tomar a campo traviesas, he abreviado mi camino pasando por el subterráneo de Santa María.

—¿Y qué habeis visto? preguntó Fergus con viveza.

—¡Ah, mi comandante! esclamó Randal, no parece sino que el diablo nos prepara las vias.... ¡De todo hay allí! hermosas salas abovedadas para nuestros obreros, un dormitorio a cincuenta piés bajo de tierra, y hasta un riachuelo, el torrente de Blackflood, para dar a la rueda de un batán. A fé mia que tenemos medio fabricados

nuestros billetes de banco, y apostaria que recorreriamos la Escocia entera, la Inglaterra y la Irlanda, ántes de encontrar un parage semejante.

—¿Y las entradas? dijo Fergus.

—Ese es otro punto, respondió Randal meneando la cabeza; pero mas valia que os hubiese contado desde el principio de mi viage. En cuanto os dejé fuí a la cabaña de un antiguo compañero de mi padre, Evan de Leed, cuyo hijo Duncan era criado de Mac-Farlane, cuando Mac-Farlane tenia criados.... pues dicen que Angus es tan pobre como Job.... Duncan me dió un vaso de cerveza sin conocerme; yo tomé, sin pedirle permiso, una linterna y unos avios de encender. Como el parque y el palacio Crewe están casi enteramente arruinados, y puede entrarse como en su casa, me ví en el salon principal sin encontrar una puerta cerrada. Será preciso reedificarlo; con diez mil ó quince mil libras esterlinas me parece que bastará. En el salon no tardé en encontrar el resorte de la puerta oculta que da a la escalera de los subterráneos; pero tardé, y mucho, en moverlo: estoy seguro que hace quince años que nadie ha tomado ese camino para venir a nuestra casa.... En cuanto cedió, encendí mi linterna y bajé.... Relativamente a las galerías subterráneas, ya os he dicho que cabe en ellas un ejército, y podemos fabricar hasta el papel de nuestros billetes de banco.... Pero hace tanto frio, interrumpió Randal acercándose al fuego por un movimiento involuntario; un frio horroroso.... Una vez en el subterráneo, mis recuerdos avivados por el ruido lejano del torrente de Blabkflood, me llevaron a la escalera que conduce a la casa de Randal.

Por esta parte no está tan bien guardado nuestro secreto